

## LIMINAR

*Historiarquía*, es el nombre dado a estas consideraciones. El neologismo se forma del conocido vocablo griego: *historia* y del no menos trillado *arquía* de arjai, o sea principios fundantes. Tratan éstos de servir como hipótesis para fundamentar una teoría de la estructura propia de la Historia en su aspecto más general. Dentro del mismo neologismo cabe señalar también la acepción de “primacía” del ser histórico del hombre.

El neologismo *Historiarquía* tiene la ventaja de evitar equívocos. Se tratará pues de los principios del ser de lo histórico. No son los principios, *arjai*, simples antecedentes causales, sino constitutivos dinámicos necesarios del acaecer histórico. Pudieran llamarse *historemas* o sea estructuras peculiares de lo histórico, en cuanto, son denominación exclusiva para el fenómeno *Historia*.

Los *principios* o *historemas* que serán presentados, constituyen un esquema, que exige más extensa mostración de los numerosos enlaces, proyecciones e implicaciones que preceden constituyen o siguen a la concepción que se presenta sobre el ser de lo histórico. Esa tarea más amplia está en proceso lento de meditación y estudio. Hace ya algunos años —allá por 1952— se dio a conocer el primer esbozo de esta teoría y su aplicación inmediata, en mi disertación: *Lo auténtico y lo circunstanciado en la Independencia de Centro América*. De este trabajo se han modificado algunos aspectos de los *historemas* y se han sometido todos a crítica y clarificación. Lo que tratan estas páginas se refiere solamente al primer sentido de *Historiarquía*, referente a los *principia*. Queda al margen por ahora, el análisis de la primacía ontológica de lo histórico del ser humano.

Señala Platón en la *República* (1) la necesidad de que haya, además de hombres capaces de conocer

y de objetos que puedan conocerse, algo que ponga en relación las mentes conocedoras con las cosas cognoscibles. No podemos ver un objeto solamente porque está dotado de colores y formas y porque haya hombres con ojos que puedan verlos. Se requiere de la luz que ilumina tanto al objeto como al sentido que lo capta, iluminado.

Para el filósofo ateniense esa luz que hace posible el encuentro de la mente humana con las cosas exteriores e interiores era la *Idea* iluminadora de todo: la idea fundamental, la idea de Bien, que mediante su significatividad o *para qué*, propio de la idea de Bien, le daba sentido a las cosas y las hacía comprensibles. Sin saber ese *para qué* iluminador, las cosas permanecen oscuras, esclavas de la apariencia. La idea de Bien acompaña al ser de todo lo que existe, quita las sombras de las cosas, iluminándolas y extrae al hombre de la caverna donde sólo se perciben sombras vagas de las cosas y esa Idea-Luz lo libera de la esclavitud de lo común y corriente y lo lleva a la “Ilustración” de los objetos tales cual son, y gracias a ella el hombre puede independizarse del ambiente de la ignorancia que todo lo recubre poniendo capas de sombra a las cosas y a los hechos, y llegar al mundo “sin velos ni sombras” de la realidad iluminada, episteme o verdad.

Todo acontecimiento histórico es antropológico y como tal es complejo. Tiene exterioridades e interioridades. Su estudio puede versar sobre la corteza de los hechos o sobre su intimidad o sobre ambas. Cada suceso histórico tiene raíces ocultas y follaje y troncos y ramas visibles. Sin raíces no hay árbol, sin trono o follaje las raíces no tienen sentido. La historia es un conjunto de raíces ocultas que dan vida al tronco y al follaje visibles. A veces las raíces tienen profundidad muchas veces mayor a la altura del tronco y del follaje. ¿Cómo desocultar las raíces de un hecho, sin arrancarlas y quitarles su condición de raíces, que son a la vez sostén y vida, fundamento y motor de crecimiento? La luz platónica de las Ideas puede penetrar en la tierra de los sucesos y hacer patente la

(1) De *República* 507 d-e, 517c.

hondura y ramificación de la raigambre sin desenterrarla para comprender la vida peculiar de su medio temporal y geográfico y la razón de ser en cada suceso histórico, sin podarle sus modalidades peculiares, pero dándole sentido a los hechos al ir descubriendo *el para qué* de la acción humana y, gracias a ello, mostrar los nexos del suceso histórico, por naturaleza complejo y de perspectivas singular y universal al mismo tiempo. La luz que hace ver a la mente humana de hoy, los hechos del ayer, la llamaron los griegos con la palabra *Theoría*, que es tanto como "iluminación" "contemplación", visión intelectual.

Esa *theoría* iluminante hace que la razón histórica, pueda valorar los acontecimientos humanos; que *ponderan* los historiadores. Ponderar no es solamente enaltecer o equilibrar, como dice el diccionario, sino que en su significación original se relaciona con *pondus*: peso, lo que da asiento, lo que afianza, lo que enraíza. El historiador pesa, repesa y sopesa —eso es ponderar— el sentido de los sucesos hasta que encuentra la luz que hace comprensibles, los hechos que aun siendo pasados, son vivos y vivificados del presente, como las raíces que ocultas y profundas son el ayer del origen del árbol y el hoy perenne de su sustentación y fundamento. La historia no es mostración de vejeces, sino ponderación de gigantescos presentes que empezaron antaño y aún no concluyen, como también sucede en lo biológico: el hombre de hoy lleva aún viva sustancia de los "genes" de los primeros momentos de la vida en la tierra.

Hay, sin duda alguna, pseudo-historiadores, quienes disecan o petrifican los sucesos que describen, pero esa petrificación es, las más de las veces, consecuencia de querer inferir conclusiones prefabricadas, de premisas, que, por la índole propia del suceso histórico, son variantes, vitales y espontáneas. La historia no trata de desenterrar cadáveres, sino de hallar sucesos vivificadores, ideas-luz o teorías que explican la acción de los sucesos. No hay nada histórico que esté muerto, todo vive aunque no todos contemplan la vida intensa de la raíz oculta. No todos comprenden la energía que encierra el más aparentemente estático y estable de los átomos de una molécula.

La emancipación histórica de cualquier nación es un hecho presente mientras exista esa nación. Para hacerlo cognoscible en su forma viva y perdurable es menester llegarse a las fuentes originales que le dieron vida, o sea a las *Ideas* que generan la acción de los sucesos como soplo vital creador de cada

acontecimiento. Sin llegar a la exposición de la profundidad ideológica, la Revolución Francesa sería simplemente un acontecimiento peluclesco con escenas de la Bastilla, guillotinas, Marsellesa, motines, asaltos, etc. y no el drama humano de liberación universal, cuyo sentido enraíza en los escritos de los enciclopedistas, se difunde en el pensamiento de sus parlamentarios, en la poesía de sus vates, en la música de sus compositores, en la reivindicación popular y en cien aspectos más que integrados por ideas-luz son el fundamento, creador de tan excepcional acontecimiento, aún vivo en nuestros días, no meramente en el recuerdo, sino influyendo aún en nuestras instituciones, ideas, monumentos y otras formas de perennidad cultural y sociológica.

Para poder llegar al suceso histórico y tener adecuada comprensión del mismo, es necesario desentrañar los fundamentos dinámicos que dieron vida a tales acontecimientos. Sin la luz de las ideas los hechos son penumbras incoloras y de ambigüedad informe, y las gestas humanas, no parecen realizaciones de entes vivos, sino esquemas de fósiles inertes. O, a lo sumo, movimientos simulados de títeres.

Para exponer los fundamentos ideográficos de los acontecimientos históricos, hay que pedir en préstamo al caudal de la Filosofía, su luz especulativa, su razón vital, que permite al historiador no perderse en la trama compleja del laberinto de la acción humana libre, y le lleve con mayor seguridad por la hondura de las raíces históricas, que sustentan el acontecer humano y le dan sentido al devenir cambiante de lo que llamamos historia, o manifestación conjunta del ser humano, complejo y múltiple que no es ni sólo razón pura, ni sólo praxis, ni indeterminación absoluta, ni ciego determinismo, sino caudal de muchos haberes de la razón, del sentimiento y de la voluntad y confluencia de muchos fenómenos del Cosmos y de caudalosos procesos aún sin explicación justa, lógica, clara y distinta.

## FUNDAMENTOS

Todo acaecer histórico, por el mero hecho de ser originario y originado por la condición humana, participa en una naturaleza antropológica, compleja y plural en sí misma correlacionada, necesariamente, en su Cosmos físico y en un mundo social.

Esta pluralidad de todo suceso histórico cobra unidad, vida y sentido, mediante la realidad de "ser", que llamamos: *Lo-auténtico*. Intimamente fundido con *lo-auténtico* del suceso histórico y como manifestación del mismo, se da *lo-circunstanciado*, es decir, el cuerpo de los hechos, sin el cual tampoco podría conocerse ese continuo sucederse de la vida humana que transcurre en el tiempo y se acuña en formas descriptivas, que bautizaron los griegos —hace ya más de veinticinco siglos— con el verbo: —historéin—, el cual significaba, entonces, tanto como *buscar saberes, observar y explorar países y costumbres, interrogar sobre algo*. Y esto fue precisamente la historia antes de convertirse en narración escrita y testimoninada: un *buscar*, un *re-buscar e interrogar* no en torno a esta o a la otra persona en cuanto individuo, sino al hombre como conjunto, social: animador y parte de la convivencia humana. Tales fueron desde sus principios los primeros conceptos que retoñaron en el árbol secular de la historia *como saber y como ser del hombre*. La historia fue a su modo, inicialmente, una filosofía elemental del acaecer humano, como suceso colectivo. Fue el primer intento de pedir cuentas al pasado, que sin dejar de ser pretérito seguía vivificando al presente. Lo ido de los sucesos nunca es algo que desaparece totalmente, sino que sigue viviendo en el presente. No en vano los Mayas veían al tiempo como algo que se acrece y lo llevan los dioses a cuestras y no cual fugaz pasajero, pues el pasado se recoge y se acumula y se convierte en valiosa carga de la humanidad. Esta carga para los Mayas —carga del tiempo la ha llamado el erudito mayólogo Erick S. Thompson (2)— era la historia.

En el suceso histórico, una vez acontecido, no perece *lo-auténtico*, ni *lo-circunstanciado*. Lejos de eso, la fisonomía de las circunstancias ofrece multiplicidad de perspectivas y *lo-auténtico* descubre cada vez más su caudal de posibilidades. A la Historia no la puede devorar el tiempo como el fuego se devora a sí mismo. La Historia, conscientes o no de ello, la llevamos necesariamente dentro y a cuestras de nosotros mismos, ya que por el solo hecho de existir tenemos como antecesor nuestro una biogénica plurisecular y una milenaria ascendencia cultural, las cuales hacen posible nuestra presencia en el mundo presente. Llevamos a cuestras, en nuestro pro-

pio ser la Historia como experiencia de la humanidad, que nos antecede, como los dioses mayas la carga del tiempo.

Olvidemos por un momento la historia, cuyo ser somos nosotros, y vayamos al acontecer de un suceso histórico y en él tratemos de hallar la luz de *lo-auténtico* y *lo-circunstanciado*.

Un suceso histórico, aunque como tal es invisible y una vez acaecido y vivido, ni le falta ni le sobra nada, pues fue lo que fue y solamente eso, puede dar la apariencia de lo fragmentario, particularizado, fraccionado o proliferar según múltiples y diferentes modalidades, para ofrecernos algo o mucho de su contenido. Concebimos el suceso histórico, como una integración resultante de una *autenticidad* sin la cual jamás hubiera podido verificarse un suceso histórico y de una *circunstancia*, inherente a lo auténtico, sin poderse desasir de él, como la sombra, del cuerpo que la produce. El cuerpo es él mismo, pero su sombra puede ser más o menos alargada, más o menos orientada hacia el norte o hacia el sur. Un mismo cuerpo puede dar diferentes sombras. La misma autenticidad puede tener multiplicidad de circunstancias. *Lo-auténtico* y *lo-circunstanciado* son necesarios ambos en todo ser histórico, aunque se manifiesten en pluralidad de sentidos y en heterogeneidad de manifestaciones.

*Lo-auténtico* es como el agua en una fuente. Sin agua no hay fuente. *Lo-circunstanciado* es el búcaro de la fuente: ora de recia cantera de mármol o de mezcla y ladrillo, circular o en polígono.

Sin agua no hay razón de ser fuente, sin fuente el agua se desparrama a flor de tierra. *Lo-auténtico* requiere una fuente que lo atesore: la fuente nunca hubiera sido fuente sino para atesorar el agua. Sin embargo, ni el agua es la fuente, ni la fuente es el agua. Son distintas, pero inseparables. Solas . . . tienen sentido en teoría, pero son una contrasentido en la realidad. Un hecho o suceso histórico no puede comprenderse sin el estudio conjunto de *lo-auténtico* y *lo-circunstanciado*, pues sin ellos sería como estudiar a un hombre sin vida, un cadáver, o a una luz sin claridad, o a un fuego sin calor. No son gemelos *lo-auténtico* y *lo-circunstanciado*, semejan más bien un todo indisoluble, un desposorio, como el del alma y el cuerpo que integran un ente y no una simbiosis. Son ambos: *lo-auténtico* y *lo-circunstanciado* el fundamento mismo de lo histórico. La Historia busca hallar *lo-auténtico* en el mundo patente de *lo-circunstanciado*. *Lo-circunstanciado* cobra sentido y vida con el espíritu de *lo-auténtico*. La Historia narrada es conjunción de pensamientos vivifi-

(2) THOMPSON, J. Eric S. Grandeza y decadencia de los Mayas. México, Fondo de Cultura Económica, 1959, p. 153 y ss.

cantes y realidades vivificadas. Sin ambos, los hechos enmudecen del todo o desvanecen su luz y sólo nos dejan con sombras de la realidad. Aclaremos con hechos históricos la condición misma de *lo-auténtico* y *lo-circunstanciado*.

Allá por los siglos octavo al noveno de nuestra era, un monarca genial de los Francos, Carlo Magno, impulsó un renacimiento literario en los centros docentes de las escuelas catedralicias e instituciones palatinas por él fundadas. Sin escatimar en fondos hizo venir del remoto país de York —entonces el islote solitario de la cultura helenístico romana— a grandes maestros: Alcuino, Notker y otros. Abrió incluso escuelas de primeras letras para la generalidad de sus súbditos. Pero el suceso por Carlo Magno preparado no tuvo el éxito que se esperaba. Había querido hacer una fuente y su taza preciosa fue labrada por él y los suyos: había dispuesto *lo-circunstanciado*: escuelas, maestros, leyes, etc; pero, *lo-auténtico*: el fervor de saber: el agua de la fuente aún no había brotado en el espíritu de las mayorías de su pueblo, y el renacimiento carolingio fue de círculo reducido, aunque el sabio emperador lo quiso extenso, popular y ecuménico. *Lo-auténtico* aún no había podido vivificar a *lo-circunstanciado* y por ello los esfuerzos concretos dieron poco fruto. El alma del suceso histórico no había llegado aún a vivificar las estructuras circunstanciales, diligentemente preparadas. Había fuente de crecida taza, pero el agua no llegó a ella. *Lo-auténtico* y *lo-circunstanciado* no se encontraron al mismo tiempo y no pudo darse el hecho histórico que Carlo Magno quiso provocar, aunque sí se diera otro, también importante, conforme a otra autenticidad y circunstancias.

Saltemos tres siglos hacia adelante. ¡Oh sorpresa! París cuenta con varios millares de estudiantes, lo supera aún Bolonia, síguenle Oxford, Padua, Salamanca. Europa es un gremio numeroso de universitarios que no dudan recorrer muchos centenares de leguas —Varsovia a París— por ejemplo, para escuchar la enseñanza de un famoso maestro universitario, como Abelardo. El afán de saber —*deprender los saberes*, dijo aquel sabio Rey Alfonso de Castilla— ha creado una situación en la que el sentimiento medieval de agremiación hará posible el otrora imposible sueño de Carlo Magno “*el ayuntamiento de los mares et de los menores et de los medianos para deprender los saberes*” o sea el *Studium Generale*, luego dicho *Universitas Magistrorum et studentium*. Esta vez *lo auténtico* y *lo circunstanciado* produjeron, al alborear el siglo doce y al correr

del trece la máxima institución humana de la cultura superior: la Universidad.

Sin ese “*instinto vital de saber los saberes*” sin la situación socio-política que requiere sabios, teólogos, juristas en la nueva Europa, nunca se hubiera sazonado el fruto universitario de esos siglos, en los cuales Bolonia, París, Oxford y Salamanca mostraban al mundo que a las catedrales góticas monumentales podían enfrentarse, conjugarse o aparearse las portentosas concepciones ideológicas universitarias, manuscritas en millares de folios que hablan de todos los ramos del saber humano y divino en esas colecciones de voluminosas enciclopedias o *Summas* filosóficas, gramaticales, lógicas o teológicas; de incontables estudios de investigación llamados *quaestiones quodlibetales*, o de ensayos monográficos: *Quaestiones disputatae*, aun hoy día monumento de admiración de la filosofía de nuestro tiempo.

Sin el espíritu de inquietud por saber nunca hubiera podido haber en la Edad Media universidades con millares de estudiosos, aunque hubieran faltado este o aquel famoso profesor que llenó de fama a Oxford o a París.

Una vez presentados estos dos aspectos de *lo-auténtico* y *lo-circunstanciado*, particularicemos brevemente sobre la estructura de uno y otro.

## II

Sin *lo-auténtico* hemos señalado, no hay historia. Pero, ¿Qué es aquello que nunca puede faltar en la historia como suceso? Es el ente que la protagoniza: el hombre, de ahí que la autenticidad exija que en el acaecer histórico se conozca en plenitud al hombre de la época que se analiza porque en su manera de ser lleva el esclarecimiento de muchas incógnitas de los hechos y la explicación de los concomitantes y proyecciones históricas. Conociendo el hombre de una situación histórica es posible comprender un fenómeno del pasado; sin ello, es ir a tientas y a locas por el mar fluctuante de los hechos. Lo antropológico es el ser de *lo-auténtico*.

### El Hombre gremio

El hombre fundamento de *lo-auténtico* no es el hombre aislado, ni el hombre teórico, sino el ZON POLITIKON de Aristóteles, el hombre en función de relación humana con los demás, en co-

sin error *lo-circunstanciado*, que sin aquello se convierte en media verdad o verdad a medias, que encubre, recubre o deforma la fuente misma de la vida histórica: *el hombre gremio cualificado*.

Tratemos de ejemplificar dentro de un hecho histórico hartamente conocido, el Renacimiento italiano, la modalidad de *hombre gremio cualificado*. Para entender dicho Renacimiento no basta conocer la generalidad del *modus vivendi* social tan sólo, sino que hay que llegar más allá, e ir a lo que da calidad a ese hombre, tipificado por las Letras antiguas. Ese *hombre gremio* cualificado con los literatos y artistas, quienes al conjuro mágico de Grecia y el Lacio, no hacían renacer los escritos de los genios de Atenas y Roma, sino renacían “ellos mismos” con propia fisonomía, distinta de la de aquellos modelos de la antigüedad clásica que admiraban apasionadamente. Es por ello que El Renacimiento antes que greco-romano es italiano. Es fisonomía del hombre culto de la Italia del *quattrocento* y no un calco, o calco-manía del siglo de Pericles o de las letras áreas del siglo virgiliano. Lo cultural que *culturiza* no subyuga esclavizando a la persona con la seducción de la obra genial de otra edad, sino que fomenta nuevas reelaboraciones y creaciones en quienes lo asimilan y fructifica y se desarrolla en forma personal y social. El mundo griego de los siglos de oro fue también asimilado en los siglos primeros de nuestra Era y en varias regiones del Medio Oriente y del mundo mediterráneo, y lejos de esclavizarlas con su influjo dio frutos personales de arte como helenismo cristiano unas veces, y pagano otras. Lo personal no desaparece necesariamente, sino que se supera más aún. Cuán distinto es el Aristóteles de los comentaristas griegos del Liceo, al interpretado con profunda admiración por los Sirios y Alejandrinos, o el medieval de Averroes, Avicena, Santo Tomás y Duns Scoto, o el hodierno de Jaeger o David Rosa. La misma fuente de inspiración inspira y *culturifac* de diferente modo. La diversidad de los hechos históricos y riquísima pluralidad de interpretaciones que son posibles se basa en que la cualificación a la que nos venimos refiriendo *no individualiza uniformando exterioridades, sino que fundamentaliza plurificando nuevas interioridades culturificantes*. El *hombre gremio* y la *cualificación* uno y otro crean esa maravillosa realidad antropológica, resultante de lo concreto, siempre diferenciado, siempre individualizante. Es pues condición de cualquier Renacimiento no tan sólo que se dé un *hombre-gremio*, sino que haya sido cualificado por el despertar de unas letras o artes culturales de suerte que de dentro cree, lo que

de fuera vino. *Lo-auténtico* por lo tanto supone indudablemente la constante del ser humano, como capaz por naturaleza de asimilación espiritual, susceptible de crear variantes que hagan posibles nuevas resultantes, las cuales son cualificación inherente para conocer los sucesos que llamamos históricos. Las Cruzadas como hecho histórico serían imposibles de entender en un medio de *hombre-gremio* de anacoretas. Pedro el hermitaño, a pesar de su nombre y forma de vida no pertenece al *hombre-gremio* aislado en la penitencia y oración en el yermo, sino que está imbuido en el mundo europeo del siglo XI y XII lleno de fe juvenil y acendrada a la par de un espíritu aventurero sin los cuales, ni él ni sus cruzados hubieran sido dinámicos combatientes contra el Islam, sino a lo más remedos de libros de caballerías y no *hombres-gremio* de realidades históricas.

### Libertad de acción

*Lo-auténtico* tiene trama compleja: el *hombre-gremio*, como fundamento; la cultura como individualización comunal, el medio ambiente como unificador y catalítico también en muchos casos. La trama es sin embargo mucho más intrincada. Sólo algunos hilos seguiremos para hallar el sentido fundamental de *lo-auténtico*.

La historia como suceso, se ha dicho ya, es creación humana del *hombre-gremio*. Eso da a entender, que no es el *moira* griego inexorable quien impulsa la vida colectiva de los mortales, ni esos otros *moiras* no griegos, más modernos, pero tan dogmáticos e inexorables como los helénicos. *Moiras* divinos, *moiras* políticos, *moiras* de leyes proféticas de la acción humana . . . y tantos más, que lejos de explicar el proceso histórico lo entenebrece tratan de convertir los sucesos heroicos y las luchas de los pueblos como conclusión necesaria de una ecuación algebraica. A la historia no la impulsan ni los dioses griegos, ni los mecanismos de las computadoras electrónicas naturales. La voluntad humana, en función del libre albedrío hace y rehace cauces históricos innova y renueva sucesos, crea y cancela formas culturales. Eso nos dice el gigantesco laboratorio experimental de los siglos.

No olvidemos que la Economía, a la que tanto influjo se atribuye como motor de la historia, no es algo ajeno al hombre *culturifac*, ni tampoco un determinante único de su ser, sino que es el hombre el que crea y determina la economía como una pro-

yección de su ser óntico como hombre gremio *culturifaciente*.

El *hombre-gremio*, como motor del suceso histórico ha alterado el ritmo de una aparente causalidad y se ha caracterizado con su potencial de libertad creadora como el factor esencial en los hechos humanos que llamamos Historia.

Las Ciencias físicas han ido generalmente —hasta el principio de indeterminación de Heissenberg— por rieles que las obligaban a seguir por invariable sendero de causalidad inalterable, antes que por el espacio imponderable de las posibilidades múltiples e imprevisibles. Pero la sucesión histórica, nacida del espíritu, no va por cauces cerrados y únicos, ni por caminos prescritos, sino que es ella quien abre sus nuevos derroteros. Es corriente desbordada que por doquiera va rompiendo diques y abriendo nuevas sendas, moviéndose sin pasar dos veces por el mismo lugar, sin que nada se repita, pues los sucesos se suceden, no se causan inexorablemente, sino que se desarrollan sin cesar por el poder de la voluntad humana, frente a lo no humano y en conflicto con los otros seres humanos. Hallamos en el suceso histórico una dosis imprevisible de indeterminación, de libertad. La Historia no sigue órbitas y revoluciones determinadas, como los movimientos de un planeta, regularmente cambiantes, o como el experimento de una reacción química, predeterminable. La predeterminación de la antigua física no tiene cabida en la historia, pues siempre la voluntad humana puede cambiar los cursos lógicamente preconcebidos, o científicamente previstos, las sendas trilladas de los meros hechos físicos y torcer sus direcciones, modificando sus planes, transformando sus situaciones. La voluntad humana es una prueba en cada paso: ayer cambió el curso de la historia cuando puso la ciencia al servicio del hombre, hoy está a punto de abrir el más trágico capítulo de la historia humana el haber hallado la posibilidad de desencadenar la energía atómica, con la desintegración nuclear del Uranio. La voluntad humana es la que ha podido desintegrar el átomo y cambiar el rumbo de la Historia política del mundo, ella es el principal motor de los sucesos que van constituyendo la historia como ser de lo humano, y quehacer de los historiadores.

Por ello en el análisis de un acacer histórico, el investigador no da tanto crédito a la causalidad cotidiana de los hechos sino al estudio del mundo complejo de las libertades humanas en acción, pues al fin y a la postre si bien la historia como investigación es a posteriori —*post factum*—, pero el hecho histórico que se estudia, —fruto de la espontaneidad

humana y secuencia de múltiples alternativas— tiene que usar en la investigación, no una mera causalidad física, sino un amplio cálculo de probabilidades que analice la acción y ejecución inherentes al ser humano, actor y comparsa de los hechos históricos. Estos no son simplemente resultante espacio temporal, sino indeterminismo volitivo, y sociología de necesidades plurivalentes y psicología de imprevisibles y todo ello influido del propio mundo físico como parte de ese complejo ser de lo histórico.

Es tan vaga y tan imprecisa la predicción histórica que con acertado humorismo se pudo decir que “las predicciones del historiador son siempre posteriores al suceso”.

*Lo-auténtico* del suceso histórico acrece así su contenido conceptual y lo clarifica al incluirle otro de sus integrantes: No hay suceso histórico sin libertad. Y no aludimos aquí a la proposición de que la historia sea una manifestación del grado de libertad de los pueblos, o la posición de Benedetto Croce de *La Historia como hazaña de la libertad*, sino que vamos más allá aún y en sentido más hondo: la historia requiere tener en cuenta en todos los sucesos la espontaneidad humana y porque su ser es acción libre, puede sostenerse como confirmación sociológica que la historia es la conquista de la libertad en sus múltiples manifestaciones. El hecho histórico entraña en su misma modalidad de *lo-auténtico* esa modalidad que llamamos libre albedrío, no solamente en el sentido de la voluntad individual, sino también en el de la acción colectiva. Hasta los deterministas, asumen libremente su acción y sólo la determinan una vez concluida.

Según lo expuesto, el *hombre-gremio* lleva inherente la condición de espontaneidad, la cual impide a la acción, libre o desmecanizada, autónoma o creadora. Está a la vista una trilogía, mínima, de las modalidades de *lo-auténtico* que integra el suceso histórico: el Yo social u hombre gremio, su manifestación o Yo cultural, su acción o Yo arbitral. Sin estas tres modalidades del acacer histórico la investigación va con paso inseguro, el error se encubre de apariencia de realidad y la valoración cobra dimensión subjetiva. Basta que una de estas modalidades de *lo-auténtico* falten y la historia podrá ser otra cosa: arte, letras, sociología, pero no historia. Sin ellas no puede llegarse a lo integral del suceso histórico, ni se puede presentar como plenitud de sentido, ni puede filosofarse sobre ella ontológicamente, ni siquiera analizarse científicamente. Por ahora esbozamos solamente estas tres modalidades de lo *auténtico*.

## III

## LO CIRCUNSTANCIADO

Pasemos a la segunda modalidad integrante del hecho histórico: *lo circunstanciado*, tan necesario como *lo auténtico* para poder interpretar un hecho histórico.

Todo acontecimiento histórico sucede en '*un tiempo*', a veces tautológicamente apellidado cronológico, y un espacio, con sobrenombre de geográfico, lugar o *habitat*. Tiempo y espacio humanos diferentes del tiempo y espacio en sí, pero en relación con ellos. Geografía y Cronología, se ha dicho, son los ojos de la historia y en verdad lo son y algo más, pues además son el soporte del escenario histórico y a veces también motor de hechos y siempre enlace indisoluble con ellos. El tiempo astronómico, medido en el calendario penetra a la historia cuando se hace antropológico, cuando se humaniza, como *tiempo de hombres*, que no es regular y regulado como los katunes mayas, las olimpiadas griegas, o nuestros siglos, años y todas las fracciones mensurables del reloj. El tiempo de la historia es tiempo vivo, vivido, revivable y revivificante, es *durée* bergsoniana y temporalidad heideggeriana, a la vez, es tiempo antropológico, biológico y ontológico; todo lo cual es algo más que el simple transcurrir cronometrado del simple tiempo físico, supuestamente tiempo de la esfera celeste, no obstante que lo derivamos y expresamos con ciencia de hombres. El *espacio*, de lo histórico, es igualmente antropológico, no es simplemente geométrico, ni en sí tan sólo, sino en mí y en los demás que lo habitan como proyección de su propio ser social, como espacio humano, humanizado, humanizable y humanificador. Hombre y medio se influyen mutuamente, están abiertos el uno al otro. *Hombre, espacio y tiempo* forman una trilogía existencial, indisoluble, como cada uno de los lados de un triángulo, que pueden ser diferentes en dimensión pero que cada uno se requiere para integrar el triángulo. No es este el momento de analizar esas categorías antropológicas de espacio y tiempo, pero baste lo dicho para poder señalarlas como integrante de *Lo-circunstanciado*, también esencial, como *lo-auténtico*, en la estructura ontológica de la Historia.

*Lo-circunstanciado*, es esa integral resultante del *Anthropos* colectivo y su propia temporalidad y ubicación teográfica, ambiente o *habitat*. Esa inmediata concordancia del *Ego* y del *cosmos*, que se hace antropocósmica hace posible la objetivación externa del espíritu del hombre colectivo en el fenó-

meno humano llamado cultura o culturiferencia o culturicipencia (4). No es el *anthropos* el que hace al tiempo o al espacio, pero de la inevitable conjunción existencial del *Anthropos-cronos-geofysis*- surge *lo-circunstanciado* del ser histórico, una de cuyas manifestaciones es la cultura en su acepción, de algo realizado y realizándose por la condición humana, como espíritu objetivado al estilo hegeliano o como lo llamamos culturiferencia.

*Lo-circunstanciado* es el Yo (personal-colectivo) agente dentro de su actividad en el espacio-temporal y la cultura, que el Yo asimila, en la que se apoya, con la que se sustenta, la que usa y usufructúa. Bien pudiera llamarse *lo-circunstanciado* o con el vocablo griego de *syn-óntico*, o con el nuestro de *coexistencia*.

La manifestación del *ego espacio temporario*, siempre la entendemos en su doble acepción de individual y colectiva. Tiene para integrar el acontecer histórico, la modalidad de lo espontáneo, que recibe o recoge lo culturiferente realizado y las posibilidades del ser auténtico o *culturifaciente*, que al crear fija en el espacio y tiempo lo creado, lo objetiva, como bien cultural para que pueda ser un bien social, o bien cultural mostrenco.

*Lo-circunstanciado*, *syn-óntico* siempre enmarcado dentro de los vértices de temporalidad, espacialidad y acción humana, cuya primera manifestación es la propia obra antropológica o cultura objetivada, no cierra los dominios del fenómeno histórico en su aspecto tridimensional ya apuntado. *Lo-circunstanciado* cobra numerosas manifestaciones en el suceso histórico que, como génesis de lo humano es pluriforme y además proteico: de múltiples formas y múltiples transformaciones. *Lo-circunstanciado* se hace palpable en manifestaciones humanas de religión, ciencia, economía, derecho, arte, etc., sin las cuales no puede comprenderse la evolución antropológica, como historia. *Lo-circunstanciado* es la manifestación óntica de los antropinos ontológicos.

No hay jerarquía de superioridad entre *lo-auténtico* (autó-on, ser mismo) y *lo-circunstanciado* (*syn-óntico* = co-existencia). Ambos son originarios, ambos inseparables. Se distinguen en la función, para poder comprender el hecho histórico, como las fórmulas matemáticas para expresar fenómenos de la naturaleza.

(4) Mata Gavidia, José. *Prenotandos sobre el ser de la cultura*. Guatemala, "Humanidades" III, 1962.

Las relaciones entre *lo-auténtico* y *lo-circunstanciado* pertenecen a capítulo aparte. Basta, entre tanto, apuntar que son inseparables tanto lógica, como ontológicamente. Perderían su sentido al querer quitarle su copresencia, como la de la luz que ilumina y lo iluminado.

Tampoco entraremos en detalle de cómo *lo-circunstanciado*, es el principio de individuación histórica, pero si lo señalaré como preliminar, que tanto en el hecho histórico, como en el hombre mismo, que se nos presentan como concretos y singulares, son así, porque para llegar a esa individuación real, se ha requerido de un incontable pluralismo de condiciones estructurales biogenéticas, sociales y cósmicas, que sólo pueden llegar a ser a base de incrementación de posibilidades y no de supresión de accidentes y uniformación de generalidades.

La Historia y sus hechos son resultante de un perenne y múltiple proceso de involución que empezó hace millones de años y sigue acumulando experiencias múltiples de temporalidad, espacialidad y humanidad para realizar cada uno de los sucesos históricos, que parecen brotar en un lugar y un tiempo fijos y estar determinados en la superficie del planeta tierra, cuando en realidad ese brote tiene sus raíces en el momento mismo de la aparición del hombre y los instantes inimaginables del apareamiento de la vida en el cosmos. *Lo-circunstanciado* de un hecho histórico de ayer o de hace tres mil o más años, apareció con el Ego antropológico, que existe y coexiste sin intermisión de origen y sin intermisión de tope.

La Historia por ello no es un simple interpretar o describir un hecho acontecido en ayer más o menos cercano o lontano, antes bien es el milenario crecimiento de *la autenticidad del hombre que sin cesar se va circunstanciado*. Ambos, *lo-auténtico* y *lo-circunstanciado*, no están subordinados entre sí, se interpenetran y su modalidad histórica, nos lo muestra como fundamentales. Pareciera que *lo-circunstanciado*, es lo variable: v.gr.: pudo haber existido la Revolución Francesa, sin un Mirabeau; y en vez de la toma de la Bastilla pudo haberse dado otra u otras acciones populares de fuerza, sin que se cambiara totalmente la fisonomía del hecho básico: La Revolución Francesa. Colón pudo haber llegado en su primer viaje a Centroamérica en vez de a la Isla de Guanahaní, y ésto no hubiera cambiado el hecho del Descubrimiento de América. Fray Bartolomé de las Casas pudo haber actuado en otros lugares diferentes de aquellos en los que realizó su obra de defensa del Indio y esto no hubiera alterado el hecho de su

misión defensora del derecho de los débiles. El hecho de que las circunstancias pudieran haber variado y ser otras, no quiere decir que de hecho hayan variado. *Lo-circunstanciado*, no alude en ningún caso a esa posibilidad de variación que concreta al suceso histórico. *Lo-circunstanciado*, como necesidad en el hecho histórico, una vez dado es inalterable inclusive en sus circunstancias, aunque de hecho éstas sean comprendidas o malinterpretadas por los historiadores. *Lo-circunstanciado* es la exteriorización de la interioridad del hecho y éste sólo es visible en primera instancia en su aspecto sensible, en su pragmaticidad, en su estar allí con todas sus concomitancias físicas y materiales y en sus modalidades espirituales: como palabras, acciones, . . . etc. Ese conjunto es parte integrante del suceso histórico y no se puede prescindir de él. Pero sólo él, aunque aparezca solitario como conjunto de exterioridades y sean descritas éstas con exactitud, no forma historia en sentido pleno. Sin circunstancia alguna no es posible ningún hecho histórico, pero cada circunstancia determinada no constituye de por sí y aislada de *lo-auténtico*, o sólo conexas con otras circunstancias, la verdad histórica de un hecho. Es por ello obra incompleta la del historiador que sólo hace presentación de *lo-circunstanciado*, y a ello atribuye el sentido pleno del suceso, y se olvida o no puede captar, lo que es indisoluble con las mismas circunstancias: *lo-auténtico*. Se falsea fundamentalmente un hecho histórico al confundir lo acontecido, pero también, cuando los hechos se analizan sin los nexos con *lo-auténtico*. Si bien la confusión de circunstancias temporales geográficas y otras, ocasiona errores, no menos graves son los que origina la omisión de *lo-auténtico* de un suceso histórico.

*Lo circunstanciado* tiene como condición propia —se ha dicho ya— individuar en forma concreta el hecho dentro de las coordenadas espacio-tiempo y dar peculiaridad y sentido propio a cada suceso. Querer aislar *lo-circunstanciado* de lo histórico sería, en parte, como querer valorar una obra de arte por sus colorantes, por sus sonidos, por la calidad de la piedra y por otros componentes necesarios a la obra de arte pero que solos ellos no la constituyen. *Lo-auténtico* da vida y sentido al suceso histórico y *lo-circunstanciado* lo sustenta, delimita y exterioriza. Las circunstancias de un hecho, posibles, no son lo circunstanciado, sino que *las circunstancias incambiables*, —una vez acontecido el suceso histórico—, son en parte algo de *lo-circunstanciado*. No pueden concebirse hechos de la Revolución Francesa sin las circunstancias, de la oratoria de Mira-

beau o la acción de Robespierre, o del ambiente francés y la temporalidad del siglo XVIII-XIX, pero sólo son algo de *lo-circunstanciado* de tal suceso histórico.

Hasta dónde llegan los límites de *lo-auténtico* y *lo-circunstanciado* es difícil determinarlo. En parte es tarea propia del historiador: darnos el sentido de la perennidad de un suceso y el sabor de su peculiaridad. *Lo-auténtico* es el hombre en realización de valores, como *hombre-gremio*. *Lo-circunstanciado* es el cómo se realizan esos valores por el hombre concreto de una sociedad. El drama es *lo-auténtico*, *lo-circunstanciado*, es su representación y escenografía. No hay representación sin personajes, ni personajes sin un texto que representar. *Lo-auténtico* y *lo-circunstanciado* confluyen no simplemente en el hecho histórico total sino en sus componentes. Cuando un hombre concreto, no solamente asimila el aporte *culturiferente* del patrimonio cultural del hombre como gremio *culturifaciete*, sino que contribuye a crear y enriquecer dicho patrimonio, o abre camino a otras orientaciones valiosas estamos en presencia de la confluencia maravillosa de *lo-auténtico* y *lo-circunstanciado*, y ese confluir origina esas personalidades que llamamos: héroes, sabios, santos, genios, etc. Son el mejor fruto del hombre que de un ser meramente *circunstanciado* entra a influir poderosamente en el progreso del mismo *hombre-gremio* y con ello a transformar la misma realidad colectiva. El *hombre-gremio* influye sin duda en el genio, héroe, etc., ya aludidos, pero éste a su vez influye en todo el conjunto humano en la dimensión, no simplemente histórica sino en todas las manifestaciones y especialmente en lo que llamamos cultura.

Queden hasta aquí reseñadas las modalidades del ser de lo histórico. Con ellas la historia al ser descrita, cobra un sentido más profundo y lo particular se vuelve dominio universal al convertirse en ser de la cultura.

#### IV

La Historia ofrece dos posibilidades de estudio: el uno *extensivo y horizontal*, que trata de los sucesos, sus personajes, los resultados y demás vicisitudes. Es la historia que acumula hazañas, derrotas, escenas trágicas, triunfos y todo cuanto puede señalar lo acaecido. El otro *intensivo y vertical* busca situar en el ámbito universal los hechos, tratando de buscar nexos universalizantes del suceso singular, y penetrar las raíces mismas del acontecer y si es posible, encontrar las ideas motrices del devenir y consu-

mación de los hechos. No olvida los aspectos circunstanciados, punto de partida de todo historiador, pero traspasa el escenario de lo acontecido y va en busca del sentido, del actor y del protagonista, de la sociedad para encontrar el fenómeno histórico complejo, además de su temporalidad y espacio circunstanciados.

No hay posibilidad de hacer historia intensiva y vertical, sin el apoyo extensivo y horizontal. Sería todo, menos historia, aquella que prescindiera de conocer la historia descriptiva del fenómeno histórico. Asimismo una historia meramente historial, sería como un satélite sin astro en torno al cual gira, un águila que no tiene espacio en que volar, es decir, un sin sentido.

El estudio extensivo-horizontal requiere del campo intensivo y vertical que ahonda en los hechos mediante las ideas para hallar cada vez mayores vinculaciones entre el fenómeno histórico local y su mundo más amplio circundante. Para crecer en horizontes y extensión, la historia requiere profundizar verticalmente y entonces la historia hace vivo al pasado por ponerse en contacto con la profundidad de la raíz que es de donde viene la vida. Y con ello la llamada perspectiva histórica o poder de entrelazar lo que parecía archipiélago de islotes inconexos.

La historia es necesariamente un ir de lo extenso a lo intenso, de la superficie a la profundidad. No siempre los historiadores pueden cumplir con su doble cometido, y según predomine una modalidad o la otra son geniales cronistas, o profundos ideólogos. Ambas modalidades son valiosas y se complementan. Ambas exigen el tributo debido a la investigación. Pero lo que si debe evitarse es que un hecho histórico, caiga en una sola modalidad de estudio, sin posibilidad de esa gran síntesis, que es en definitiva la Historia. Lo intensivo lleva a descubrir *lo-auténtico*; lo extensivo, a *lo-circunstanciado*.

#### BIBLIOGRAFIA

- CASSIRER, Ernst. *Filosofía de la Ilustración*. México, Fondo de Cultura Económica, 1950.
- MATA GAVIDIA, José. *Lo auténtico y lo circunstanciado en la independencia de Centro-América*. Guatemala, "Universidad de San Carlos" XXVI, 1952.
- MATA GAVIDIA, José. *Prenotandos al ser de la cultura*. Guatemala, "Humanidades" III, 11. 1962.
- THOMPSON, J. Eric. *S. Grandeza y decadencia de los mayas*. México, Fondo de Cultura Económica, 1959.